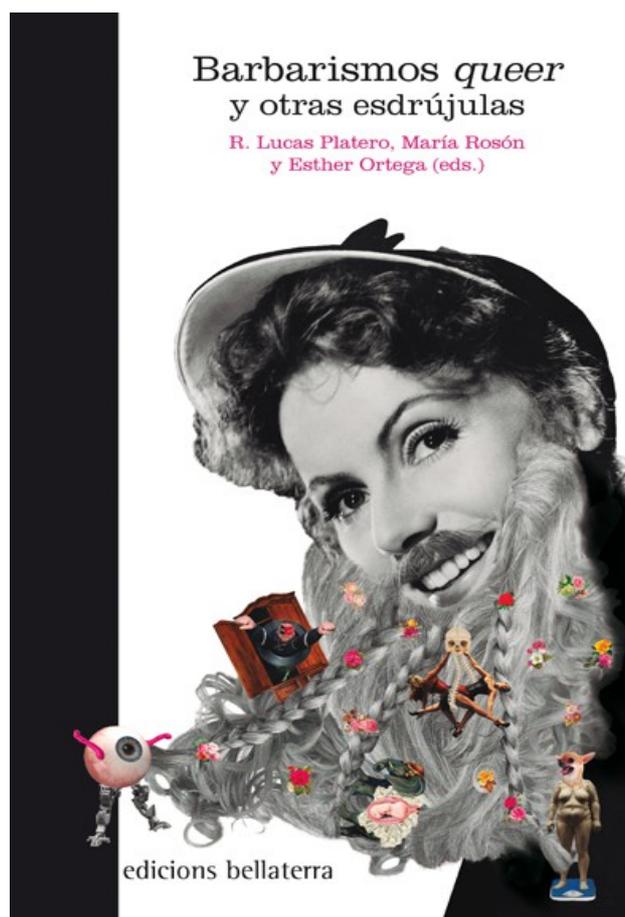


R. Lucas Platero, María Rosón y Esther Ortega (eds.)

Barbarismos queer y otras esdrújulas

2017. Barcelona: Edicions Bellaterra. 431 pp.



Desde agencia a vientres de alquiler. Entremedias, entradas como BDSM, *crip*, *fisting*, gay, interseccionalidad, postcolonial o *queer*. Lucas Platero, María Rosón y Esther Ortega reúnen a 55 personas provenientes de ámbitos dispares: de la academia, de movimientos sociales muy diversos (sexualidades, diversidad corporal, migraciones, etc.), de las artes o por su experiencia personal, para construir un volumen colectivo en el que hacen una revisión de 53 términos que tratan, en primer lugar, de responder y de establecer un inspirador diálogo con cuestiones como “¿Cómo entendemos y utilizamos algunas palabras que surgen en el activismo, los estudios feministas y sobre la sexualidad, y desde posiciones subalternas que, aunque están traducidas al español, encierran cierta dificultad?” (p.9)

Las autoras apuestan por dos tipos de palabras en este diccionario: los barbarismos y unas particulares “esdrújulas” en las que se incorporan “palabros” que se utilizan principalmente en “movimientos sociales, contextos académicos y artísticos” (p.12). Y le colocan el apellido *queer*, “para indicar una perspectiva crítica con respecto a la sexualidad, pero al tiempo entretejida con otras experiencias que organizan nuestras vidas y que exceden las experiencias sexuales, o de género” (p.12). Siendo conscientes, como apuntan ellas mismas, que lo *queer* en nuestro contexto no tiene las mismas connotaciones que puede tener en los espacios en los que surge originariamente: el insulto es una palabra que ofende, que duele; sin embargo, lo *queer* se reconstruye en nuestro

contexto académico y activista con una cierta legitimidad, prestigio y reconocimiento. En un sentido parecido apunta Javier Sáez en su entrada: “en inglés tiene una carga de injuria e insulto fuerte [...]. Por otro lado, la utilización del término en inglés no es sino una forma de colonialismo lingüístico y que además pierde valor en su capital subversivo ya que el insulto homófobo por excelencia en inglés no es tal” (p.387). Algo similar a lo que le ocurre al término *crip*, cuya entrada en el libro está realizada por Robert McRuer, uno de los principales impulsores de este planteamiento teórico: *crip* no nos suena igual que tullido o cojo. Las connotaciones y las resonancias son muy distintas.

En este sentido, en los últimos tiempos hemos ido incorporando al lenguaje habitual de la academia y/o de los movimientos sociales palabras que provienen de ámbitos muy distintos que, en ocasiones, tienen una difícil traducción al español o que su significado se pierde al sacarlo del contexto en el que nacieron. Palabras que proceden, sobre todo, de ámbitos anglosajones pero que, a diferencia, de otros términos que suponen una clara posición ideológica dominante, la mayor parte de estos vocablos surgen de territorios disidentes, de espacios de militancia en los que, en ocasiones, desde la reapropiación del insulto se construyen términos cargados de posibilidades, “ensamblajes culturales para la resistencia y la disidencia” (p. 11).

¿Con qué palabras contamos? ¿Con qué palabras nos contamos? ¿Con cuáles construimos y explicamos lo que ocurre a nuestro alrededor? No se puede pensar sin palabras, pero qué hacemos con las palabras que usamos y que no nos encajan del todo. “Las palabras no solamente describen una realidad dada, sino que juegan un papel esencial en la misma producción de esa realidad” (p.11). Más que mirar a través de nuestros ojos, lo hacemos con palabras. Y las luchas políticas, son también, lo sabemos, y por eso nos embarcamos en “juegos de palabras”, batallas semánticas.

Las palabras se las lleva el viento, pero no porque no vuelvan o porque pierdan el peso de sus orígenes, sino que ese viento las traslada de unos territorios a otros. En ese sentido, Internet abre multitud de posibilidades para que las palabras viajen, para el intercambio, para el conocimiento, para la reflexión, para proyectos de narrativas compartidas. Y las construcciones que utilizan activistas en un país viajan a otro y se asientan con mejor o peor fortuna. Las agarran otras personas, en otros contextos, para transformarlas, para connotarlas con modos y matices distintos.

Tal vez por eso sea necesario repensar las palabras que utilizamos. Repensarlas desde ámbitos en los que estas cobran un especial sentido, en los que se buscan, se reconstruyen, se transforman para nombrar realidades, modos de hacer, para poner ladrillos con los que construir el espacio que habitaremos en el futuro, aunque en ocasiones esas palabras-ladrillo sirvan para levantar los muros que nos dificulten la comunicación fluida, los encuentros o los procesos de transformación colectiva. En un mundo en globalización, resulta fundamental la reapropiación de las palabras que se producen en contextos académicos, activistas o artísticos disidentes, marginales o periféricos. Desde el

mestizaje, desde la hibridación de nuestros discursos, nuestras teorías, nuestras prácticas. También desde los mestizajes personales, corporales, organizativos y activistas. Nos movemos. Compartimos espacios migrantes con quienes generan palabras y prácticas en otros lugares. Nos movemos con ellas. Leemos (tal vez más que nunca antes en la historia) lo que se produce en otros lugares. Escribimos y actuamos con otros y otras que proceden de espacios geográficos, epistemológicos tal vez muy diferentes de los nuestros. Tal vez ese proceso no sea de apropiación, tal vez sea de préstamo: "Te dejo mis palabras. Utilízalas. Préstaselas a otras. Déjame tus palabras. Nombremos juntas". Como apuntan las editoras: "En nuestra perspectiva, quienes hablamos una lengua, quienes nos enfrentamos a estos barbarismos y esdrújulas también somos protagonistas de los procesos de producción del propio conocimiento, moldeando los términos en los que discutimos, pensamos y nos enunciamos" (p.17).

Barbarismos queer y otras esdrújulas proporciona un sugerente recorrido por muchas de las palabras que utilizamos desde la academia, los movimientos sociales y activistas. Cada entrada juega, además, con otras palabras, relacionadas de tal manera que su lectura se abre como un racimo de uvas posibilitando particulares recorridos y viajes entre definiciones. Por ejemplo, la entrada "interseccionalidad", que, además, está escrito por Lucas Platero quien ya elaboró el muy recomendable *Intersecciones. Cuerpos y sexualidades en la encrucijada* (2012), relaciona ésta con agencia, *embodiment*, empoderamiento, *enactment*, ensamblajes, identidades, políticas, privilegios, racismo (p.262). Algunas con un uso muy extendido (empoderamiento o gay), otras cuya penetración se circunscribe a ámbitos más restringidos (como *crip* o postporno) y otras de un uso aún más minoritario y particular (cognitariado o *mansplaining*). Tras una precaria definición (en su sentido temporal) se abre un recorrido sobre el significado. Esas entradas están acompañadas, en muchos casos, además de la bibliografía utilizada, de otras referencias tanto literarias o audiovisuales. Algunas de ellas especialmente ricas como las que incorpora Amets Suess Schwend a la entrada "despatologización", con más de 50 referencias que pretenden conformar una formidable ruta bibliográfica sobre la cuestión trans*.

Decía Luisgé Martín en *El amor del revés* que "aprender a vivir es aprender a nombrar", las editoras de este libro colectivo y plural nos proporcionan multitud de palabras que posibilitan ampliar nuestros propios vocabularios tanto para nombrar como para nombrarnos.

Pablo A. CANTERO GARLITO

Universidad de Castilla – La Mancha

Pablo.Cantero@uclm.es

Bibliografía

Martín, L. 2016. *El amor del revés*. Madrid: Anagrama.

Platero, R. Lucas (ed.). 2012. *Intersecciones. Cuerpos y sexualidades en la encrucijada*. Barcelona: Bellaterra.